

VI

La Sabiduría antigua y el Eclesiástico

Entre el libro de los Proverbios y el Eclesiástico, llamado también Jesús Ben Sira, hay un tiempo considerable, durante el cual tiene lugar la crisis de la sabiduría, como veremos en el capítulo VII. Sin embargo, el espíritu y la sensibilidad del Eclo son afines al de Prov, al menos en las cuestiones fundamentales. Eclo sigue la corriente de la tradición sapiencial en Israel, como si no hubiera ocurrido nada en el ámbito de los sabios. Por esto el estudio de la sabiduría en Eclo sigue inmediatamente al de Proverbios.

1. Jesús Ben Sira, autor del Eclesiástico

El libro del Eclesiástico fue escrito en hebreo por Jesús Ben Sira. Sin embargo, nunca formó parte del canon judío palestinese de libros sagrados, por lo que fue negada su canonicidad por algunos Padres de la Iglesia, especialmente por san Jerónimo.

El traductor al griego del Eclesiástico llama a su autor «mi abuelo Jesús» en el prólogo que él mismo compuso (ver además 50,27 griego). Este prólogo del traductor es caso único en toda la Biblia; no pertenece al texto, pero su valor es incalculable. Por él conocemos, además, las razones que movieron al nieto a traducir al griego la obra de su abuelo para los judíos residentes en Egipto, las mismas que tuvo el abuelo para «componer por su cuenta algo en la línea de la sabiduría e instrucción; para que los deseosos de aprender, familiarizándose también con ello, pudieran adelantar en una vida según la ley» (Prólogo a *Eclo*).

Jesús Ben Sira era de Jerusalén; así lo dice Eclo 50,27 en la versión griega y lo confirma el gran interés que se descubre en todo el libro por la vida ciudadana y sus instituciones. Jesús Ben Sira es también un sabio, de lo que él mismo tiene clara conciencia. El verdadero sabio, según él, es:

«el que se entrega de lleno a meditar la ley del Altísimo,
indaga la sabiduría de sus predecesores
y estudia las profecías,
examina las explicaciones de autores famosos
y penetra por parábolas intrincadas,
indaga el misterio de proverbios
y da vueltas a enigmas» (Eclo 39,1-3).

No se equivocaba, pues, su nieto al decirnos de su abuelo que, «después de dedicarse intensamente a leer la ley, los profetas y los restantes libros paternos, y de adquirir un buen dominio de ellos, se decidió a componer por su cuenta algo en la línea de la sabiduría e instrucción» (Prólogo a *Eclo*).

Jesús Ben Sira se considera el último eslabón de una cadena de sabios en la historia de su pueblo, que por su esfuerzo personal en el estudio ininterrumpido se siente lleno de las riquezas de la tradición:

«Yo quedé en vela el último,
como quien espiga detrás de los segadores;
madrugué con la bendición del Señor,
y como cosechero llené mi lagar» (Eclo 33,16s).

La llenura vuelve a aflorar en Eclo 39,12:

«He pensado más cosas y las expondré,

pues estoy lleno como luna llena».

En Eclo 24,23-29, la Ley, que es la sabiduría, ha sido comparada a corrientes permanentes y fecundas de agua: a mares y océanos rebosantes, símbolos de plenitud absoluta en este caso de vida. A partir de 24,30 el autor se compara también al agua fecundante primero de una acequia pequeña y más tarde de un río que se convierte en mar:

«Yo salí como canal de un río
y como acequia que riega un jardín;
di le: Regaré mi huerto
y empaparé mis arriates;
pero el canal se me hizo un río
y el río se me hizo un lago».

La sensación de plenitud rebosante y desbordante domina en estos versos. Así se siente el sabio que ha asimilado la revelación de la voluntad de Dios, consignada en la Ley, los Profetas y los restantes libros paternos. En 24,32 aparece una nueva metáfora, la luz:

«Haré brillar mi enseñanza como la aurora
para que ilumine las distancias».

Ya no es el agua que riega y empapa primero el huerto particular y cerrado y después las vegas anchas y abiertas. Ahora es la luz de la aurora que ilumina todo el horizonte, símbolo quizás de todos los pueblos (cf. Is 5,26; 57,19; Zac 6,15; 10,9), o, más probablemente, del pueblo judío en la diáspora. En el mismo pueblo, extendido en el tiempo, está pensando Ben Sira al hablar de las futuras generaciones a las que legará su doctrina:

«Derramaré doctrina como profecía
y la legaré a las futuras generaciones» (24,33).

La estima que tiene Jesús Ben Sira de su enseñanza es grande, pues se atreve a compararla con la profecía. Sin embargo, a sí mismo en ningún lugar se considera profeta, ni portador de ningún mensaje de parte de Dios. El es simplemente un sabio, forjado poco a poco, día a día, con su trabajo. Pero sabe que su esfuerzo no ha sido en vano:

«Mirad que no he trabajado para mí solo,
sino para todos los que la buscan» (24,34; cf. 33,18).

Con mucha probabilidad contaría con discípulos, como todo maestro de sabiduría, y pensaría que éstos no habrían de faltar con el paso del tiempo. Su magisterio debió de ejercitarlo en Jerusalén en los primeros decenios del siglo II a.C., pues su libro estaba ya escrito con bastante probabilidad alrededor del 180 a.C. El nieto y traductor al griego del libro nos dice en el Prólogo: «El año 38 del reinado de Evergetes vine a Egipto, donde pasé una temporada». En ese tiempo tradujo el libro y lo publicó. El rey Evergetes o Benefactor por la larga duración de su reinado no puede ser otro que Ptolomeo VIII (VII) Evergetes II, llamado también Fiscón, que desde 170/169 a.C. es corregente con su hermano Ptolomeo VI Filométor (180-145 a.C.) y único soberano en Egipto de 145 a 116 a.C. La llegada del nieto de Jesús Ben Sira a Egipto («el año 38 del reinado de Evergetes») es el 132 a.C. No es, pues, nada arriesgado afirmar que Jesús Ben Sira ejerció su magisterio en Jerusalén en los inicios del siglo II a.C.

Jesús Ben Sira llegó a ser un verdadero experto en las Sagradas Escrituras y en los temas universales de sabiduría, es decir, un maestro consumado. ¿Pertenece al estado sacerdotal o era simplemente un laico bien formado? Recientemente se ha defendido que Jesús Ben Sira pertenecía a la hierocracia de Jerusalén que desde el templo dirigía al pueblo judío. Entre los expertos, sin embargo, prevalece la opinión de que Jesús Ben Sira era laico. Ciertamente gozaba de una posición económica bastante desahogada que le permitía dedicarse por completo al estudio de la Ley, a su actividad magisterial pública y, de vez en cuando, a hacer de embajador oficial en países

extranjeros.

En suma: Jesús Ben Sira era hombre de fe profunda, muy religioso y observante de la Ley. Sabía conciliar la fe yahvista con su espíritu relativamente abierto a las corrientes helenistas de su tiempo. Parece ser que pertenecía a una facción presaducea en oposición a los «asideos», antecesores de los fariseos y esenios. Esto se deduce de su liturgismo, de sus simpatías por lo sacerdotal, de su afición por el bienestar material, de su estima de la libertad, de su poca o nula atención a lo mesiánico y de su adhesión a la doctrina tradicional sobre la suerte del hombre después de la muerte. Estos rasgos influyeron probablemente en la sentencia no aprobatoria del Eclesiástico como libro sagrado por parte de los rabinos fariseos del concilio de Yanmia (90 d.C), a pesar de la gran estima de que gozaba ya el libro en aquella misma época.

2. Composición y estructura del Eclesiástico

Para la composición de su libro Jesús Ben Sira contaba ya con ilustres modelos. Además de las Instrucciones y Enseñanzas extranjeras, como las de Egipto que con toda probabilidad conocía, tenía ante sus ojos el volumen de sabiduría, auténticamente israelita: el libro de los Proverbios.

Los muchos años de estudio y reflexión sobre «la Ley, los Profetas y los restantes libros paternos» (Prólogo), el amplio conocimiento de los problemas relacionados con la sabiduría común también a los pueblos extranjeros de su entorno y la práctica prolongada de la enseñanza capacitaban a Jesús Ben Sira para escribir un volumen «en la línea de la sabiduría e instrucción». Efectivamente, el Si-rácida debió de poner por escrito poco a poco las conclusiones a que le llevaba su estudio, es decir, su propia sabiduría (ver, por ejemplo, Eclo 44ss). A esto unió lo que le pareció más aprovechable de los sabios que le habían precedido, tamizado por su visión personal. El resultado fue una verdadera enciclopedia de sabiduría desde el punto de vista de su fe yahvista.

En el libro del Eclesiástico no se descubre un orden interno o estructura en la disposición de las materias. Dos himnos, uno a la Sabiduría (Eclo 24) y otro al Creador (Eclo 42,15-43,33), o bien cierran sendos volúmenes (I 1-24; II 25-43), o simplemente ocupan lugares privilegiados en el conjunto del libro: Eclo 24, centro del libro, cierra un volumen y abre otro; Eclo 42,15-43,33, himno también independiente, pero colocado al final del segundo volumen y antes de comenzar el tercero. El elogio de los Padres desde el comienzo del mundo da cuerpo al volumen III (Eclo 44-50). Probabilísimamente Eclo 51 es un epílogo añadido ulteriormente por otra u otras manos, ya que 50,27-29 es una auténtica conclusión. 51,1-12a no tiene originalidad, es un «centón de motivos tomados del Salterio»; el segundo apéndice (51,12b), himno litánico no numerado, semejante a Sal 136, no concuerda con el espíritu de Jesús Ben Sira; el poema alfabético (51,13-30) ha podido ser escrito por cualquier maestro de sabiduría.

3. Variedad de formas en el Eclesiástico

El Eclesiástico tiene muchas cosas comunes con el libro de los Proverbios en los aspectos meramente formales; pero también son muy notables las diferencias. En el capítulo anterior decíamos que en Prov reinaba el *masa*, especialmente en forma de *sentencias* y *de consejos* breves, independientes, sueltos; en Eclo, sin embargo, la excepción son los proverbios independientes, aislados, (cf. 3,28s). Con todo, no es infrecuente la coordinación de pequeños grupos, temáticamente variados, pero unificados por la forma negativa o afirmativa (cf. ce. 7-8). En Prov sólo encontramos las estrofas mayores y los pequeños tratados en los capítulos 1-9; en Eclo estas formas son las que predominan de principio a fin.

Otras formas constatadas en Prov también se encuentran en Eclo, ya que son comunes en toda literatura sapiencial, por ejemplo:

3.1. Paralelismo

Es la forma más elemental y universal: •

como *paralelismo sinonímico*:

«El que honra a su padre expía sus pecados,
el que respeta a su madre acumula tesoros» (Eclo 3,3; cf. 14,3; 26,13-18);

• como *paralelismo antitético*:

«La bendición del padre hace echar raíces,
la maldición de la madre arranca lo plantado» (3,9; cf. 20,9; 26,22-26);

• como *paralelismo sintético o completivo*:

«El que teme al Señor honra a los padres
y sirve a sus padres como a señores» (3,7; cf. 3,18; 7,15).

3.2. *Formas valorativas*

Manifiestan la aceptación o el rechazo del Señor y, consiguientemente, la aprobación o repulsa del autor, del hombre en general:

«Ay del corazón cobarde, de las manos inertes,
ay del hombre que va por dos caminos;
ay del corazón que no confía, porque no alcanzará protección;
ay de los que abandonáis la esperanza,
¿qué haréis cuando venga a tomar cuentas el Señor?» (Eclo 2,12-14).

La fórmula más frecuente es «más vale... que...» o equivalentes, si se trata de comparar dos términos:

«Más vale vivir con leones y dragones que vivir con mujer pendenciera» (25,16).
«Más vale quien trabaja y posee hacienda,
que el que presume y carece de pan» (10,27; cf. 29,22; 30,14.17);

o «dichoso el que...», si se trata de la felicitación a una persona por su situación o modo de proceder:

«Dichoso el hombre a quien no afligen sus palabras
y no tiene que sufrir remordimiento;
dichoso el hombre a quien no le reprocha la conciencia
ni ha perdido la esperanza» (14,1-2; cf. 25,7-9; 26,1; 31,8; 50,28).

Si son tres los términos comparados, Ben Sira utiliza la fórmula «mejor que los dos», muy cercana a los proverbios numéricos:

«Amigo y compañero ayudan en la ocasión:
mejor que los dos una mujer prudente.
Hermano y protector salvan del peligro:
mejor que los dos salva la limosna.
Oro y plata dan firmeza a los pies:
mejor que los dos un buen consejo» (40,23-25; cf. el conjunto 40,18-26).

3.3. *Las comparaciones y las metáforas*

Como recurso estilístico es de lo más simple, por lo que su abundancia no es extraña:

«Como pájaro encerrado en la cesta
es el corazón del soberbio:
Acecha como lobo a su presa...
El vendedor ambulante, como un oso,
acecha la casa de los insolentes,
como espía busca un punto desguarnecido» (11,30; cf. 24,13-17; 43,18s; 50,6-10; etc.).
«Flecha clavada en el muslo

es la noticia en las entrañas del necio» (19,12).
«Mujer malvada es yugo que da sacudidas,
el que se la lleva, agarra un alacrán» (16,7; cf. 26,25.27; 32,5s; etc.).

3.4. Discursos y pequeños tratados

Como todo maestro de sabiduría. Jesús Ben Sira dirige la palabra a sus discípulos en tono exhortativo (cf. 16,24-18,1), utilizando el apelativo «hijo mío» (cf. 2-3; 4,20-9,16) o hablando de la sabiduría por medio de ella (cf. 1,1-21; 4,11-19; 14,20-15,10; 24,1-34).

Pero el recurso literario más utilizado por el Siracida es el de los pequeños tratados o conjuntos de varios proverbios unidos por el tema. De tal manera se repite su uso en Eclo que lo difícil es encontrar versos independientes al estilo del libro de los Proverbios. Esto quedará demostrado cuando tratemos de los temas en Eclo.

3.5. Retratos históricos

Llamo retratos históricos a la descripción que hace Jesús Ben Sira de al menos 34 personajes de las Escrituras canónicas en Eclo 44-50; él los llama «elogio de los hombres de bien, de la serie de nuestros antepasados» (Eclo 44,1). Les precede un magnífico resumen de títulos honoríficos que responden a la grandeza de los personajes que se van a recordar (cf. Eclo 44,1-15). Los retratos suelen ser breves, aduciendo sólo algunos rasgos más significativos a juicio del autor:

«Henoc caminó con el Señor,
ejemplo de religión para todas las edades.
El justo Noé fue un hombre íntegro,
al tiempo de la destrucción él fue el renovador;
por él quedó vivo un resto
y por su alianza cesó el diluvio;
con señal perpetua se sancionó su pacto
de no destruir otra vez a los vivientes» (44,16-18).
«El nombre de Josías es incienso aromático
mezclado por un maestro perfumista,
su recuerdo es miel dulce al paladar
o música en el banquete:
porque sufrió por nuestra, conversión
y acabó con 'la abominación de "los ídolos;
se entregó a Dios de todo corazón
y en tiempos violentos fue compasivo» (49,1-3).

Jesús Ben Sira se recrea de manera especial en la descripción de los personajes que se relacionan con el culto divino, como son Aarón (45,6-22) y el sumo sacerdote Simón H, hijo de Onías II, contemporáneo de Jesús Ben Sira al comienzo del siglo II a.C. (50,1-21).

3.6. Otros recursos estilísticos

Los reseñamos aquí sin ánimo de ser exhaustivos.

- *Enumeraciones* (cf. 40,18-26; 41,17-42,1.2-8).
- *Repeticiones* de términos o fórmulas, como «antes de...» (cf. 18,19-23), «pregunta a...» (cf. 19,13-17), «hay...» (cf. 19,23-26; 20,1-12.21-23).

- *Plasticidad en las imágenes*:

«A quien toca la pez se le pega la mano,
quien se junta con el cínico aprende sus costumbres» (13,1).
«El holgazán se parece a una piedra ensuciada:

la gente silva al ver su indignidad;
el holgazán se parece a una boñiga:
el que la agarra, sacude la mano» (22,1-2).
«Quien hiere el ojo saca lágrimas,
quien hiere un corazón revela sus sentimientos;
quien tira piedras a los pájaros los espanta,
quien critica a un amigo destruye la amistad» (22,19s; cf. 22,24.27).
«Viña sin tapia será saqueada,
hombre sin mujer andará vagabundo;
¿quién se fía de la soldadesca
que anda saltando de ciudad en ciudad?
Así el hombre sin nido,
que se acuesta donde le alcanza la noche» (36,30s).

• *Preguntas retóricas*. Recurso conocido por el libro de los Proverbios y muy extendido en todos los géneros literarios que han pasado por las escuelas:

«La raíz de la sabiduría, ¿a quién se reveló? La destreza de sus obras: ¿quién la conoció?» (1,6).
«Fijaos en las generaciones pretéritas: ¿Quién confió en el Señor, y quedó defraudado? ¿Quién esperó en el, y quedó abandonado? ¿Quién gritó a él, y no fue escuchado? (2,10). «¿Un linaje honroso? -El linaje humano; ¿Un linaje honroso? -Los que temen a Dios. ¿Un linaje abyecto? -El linaje humano; ¿un linaje abyecto? -Los que quebrantan la ley» (10,19; cf. 11,23s; 18,8; 23,18; 31,8-11)
«¿Pueden tratarse la hiena y el perro?, ¿pueden tratarse el rico y el pobre?» (13,18).
«¿Qué hay más pesado que el plomo? ¿Cómo se llama? -Necio» (22,14). «¿A quién da vida el vino? Al que lo bebe con moderación. ¿Qué vida es cuando falta el vino, que fue creado al principio para alegrar?» (31,27).

• *Proverbios numéricos*: El uso de los números en las composiciones literarias es bastante artificioso; eso mismo hace que sean muy llamativas las pocas en que se encuentran:

- Con los números dos y tres:

«Dos cosas me entristecen
y una tercera me da rabia:
rico caído en la indigencia,
hombre famoso caído en el olvido,
hombre honrado convertido en pecador:
el Señor lo entrega a la espada» (26,28; cf. 23,16s; 50,25s).

- Con el número tres:

«En tres cosas se complace mi alma que agradan a Dios y a los hombres: concordia de hermanos, amor del prójimo, mujer y marido que se llevan bien.

Tres cosas detesta mi alma
y su conducta me resulta insoportable:
pobre soberbio, rico tacaño
y viejo verde falto de seso» (25,1s).

- Con los números 3 y 4 ver 26,5, y con el nueve y el diez 25,7-11.

- Como *poema alfabético* se puede considerar Eclo 51,13-29, cuyo original hebreo se ha conservado sólo en parte. El poema fue añadido al final del libro, como última exhortación del autor a la búsqueda apasionada de la sabiduría.

4. Variedad de temas en el Eclesiástico

Difícilmente se pueden enumerar todos los temas que Jesús Ben Sira toca en su libro y, mucho menos, resumirlos en pocas líneas, ya que en la práctica trata todos los temas comunes a la sabiduría. Anteriormente dijimos que el Eclo era una especie de enciclopedia sapiencial de su tiempo y de los siglos precedentes. Jesús Ben Sira no se distingue por su originalidad, ni tampoco la pretende; sin embargo, está convencido de que la lectura de su libro será tan fecunda como en la agricultura el canal de un río (cf. Eclo 24.31-34).

En la exposición de la doctrina contenida en Eclo seguimos, en parte, el esquema ya utilizado a propósito del libro de los Proverbios.

4.1. La sabiduría

Bajo este epígrafe se podrían comprender todas las enseñanzas del Eclo, es decir, los temas comunes de la sabiduría universal y los específicos de la sabiduría de Israel, pero esto sería demasiado amplio y genérico. Nos limitamos, pues, a los principales pasajes en los que se habla del origen divino de la sabiduría, de su dignidad y de sus frutos.

a. Origen divino de la Sabiduría

Jesús Ben Sira es un hombre de una fe muy profunda en Dios; ésta se manifiesta de manera particular al hablar de la sabiduría, cuyo origen es Dios mismo y de cuya compañía jamás se separa, como afirma en el primer verso de su libro: «Toda sabiduría viene del Señor y está con él eternamente». Siguiendo la doctrina tradicional en Israel (cf. Prov 8,22), considera a la sabiduría como criatura del Señor:

«El Señor en persona la creó,
la conoció y la midió,
la derramó sobre todas sus obras» (Eclo 1,9; cf. 24,3);

es más, como las primicias de su creación:

«Antes que todo fue creada la sabiduría» (1,4a; cf. 24,9).

b. La sabiduría es digna de ser amada

Por su origen divino nada hay que pueda superar en nobleza y dignidad a la sabiduría. Ella es digna de ser amada en sí misma, porque «los que la aman, aman la vida» (4,12); en retorno ellos serán amados de Dios (cf. 4,14b). La sabiduría se presenta y habla como un ser personal con el que se puede establecer una relación de reciprocidad. Ella puede decir al que la ama: «Cuando su corazón se entregue a mí, volveré a él para guiarte y revelarles mis secretos» (4,17b-18).

La sabiduría unas veces sale al encuentro del que la busca como una madre (cf. 15,2; 4,11); otras veces es el hombre el que va tras ella como el joven tras la novia (cf. 51,13-22), o es ella la que lo recibe «como la esposa de la juventud» (15,2). Por todo esto ella es digna de ser adquirida como un tesoro (cf. 20,30s), «cuando la poseas ya no la sueltes» (6,27; cf. 15,7-10; 51,25). Sus frutos van a

ser abundantes como una buena cosecha (cf. 6,19), que llena las despensas de la casa, sacia al hombre y causa paz, salud y vida larga (cf. 1,16-20). La misma sabiduría proclama:

«Venid a mí los que me amáis,
y saciaos de mis frutos.
Mi nombre es más dulce que la miel,
y mi herencia mejor que los panales.
El que me come tendrá más hambre,
el que me bebe tendrá más sed» (24,19-21).

La sabiduría sacia el hambre y la sed y, al mismo tiempo, suscita más hambre y más sed. Llena el vacío que invita a la búsqueda de sentido, de paz, de lo bueno, del Señor, y hace que brote y renazca un inmenso deseo de agradar al Señor, cumpliendo los mandamientos expresos en su Ley (cf. 1,26; 2,15; 15,1; 23,27). La Ley ya no es traba ni yugo, es la misma sabiduría (cf. 24,23).

4.2. El hombre

El hombre es el eje fijo sobre el que gira todo el mundo sapiencial, es el punto de partida de toda observación, el sujeto que habla, que crea dichos y sentencias; pero también es objeto de sus propias reflexiones, imagen reflejada en el espejo de su mente. El Eclo deja constancia de esta realidad tan elemental y primaria.

El hombre en su amplitud es una sorpresa permanente. En él descubrimos la cima y el abismo, lo más valioso y lo más despreciable, la pura contradicción:

«¿Un linaje honroso? El linaje humano; ...
¿Un linaje abyecto? El linaje humano» (Eclo 10,19).

La condición humana es la de un ser creado, limitado, por tanto, en sus posibilidades. El hombre, ciertamente, es capaz de grandes hazañas, pero también responsable de enormes errores: «El hombre no es como Dios, pues ningún hijo de Adán es inmortal; ¿qué hay más brillante que el sol? Pues también tiene eclipses» (17,30s).

Jesús Ben Sira expresa la realidad contradictoria del hombre por medio de los tradicionales binomios antitéticos: *sensato - necio, justo - malvado*, etc., en una misma sentencia en versos paralelos o en sentencias aisladas en las que unas veces habla de un extremo y otras de otro.

a. Sensato - necio

Esta es la bina que más se repite en toda la literatura sapiencial; ella implica siempre un juicio de valor, no necesariamente un juicio moral:

«El sabio calla hasta el momento oportuno,
el necio no aguarda la oportunidad» (20,7).
«El saber del sabio es nada que crece,
su consejo es fuente de vida;
la mente del necio es vasija rota
que no retiene ningún conocimiento» (21,13s).
«El necio tiene la mente en los labios,
el sabio tiene los labios en la mente» (21,26).
«Entre necios mide tu tiempo,
entre sabios detente» (27,12; cf. 20,13; 21,7.15-24)).

Según la mentalidad de Jesús Ben Sira, el ser sabio reportará siempre beneficios no sólo al sabio como individuo, sino también a la comunidad a la que pertenece, pues

«hay sabios que lo son para sí, y cargan
con el fruto de su saber; hay sabios que
lo son para su pueblo,

y los frutos de su saber son duraderos.
El que es sabio para sí goza de placeres,
los que lo ven lo felicitan;
el sabio para su pueblo hereda gloria,
y su fama vive para siempre» (37,22-24.26; cf. 24,34; 33,18).

El necio, en cambio, no tiene un solo aspecto positivo. Los términos de comparación son siempre negativos.

En el ámbito de lo material:

«¿Qué hay más pesado que el plomo?
¿Cómo se llama? -Necio.
Arena, sal, una bola de hierro
se soportan mejor que un insensato» (22,14s; cf. 22,9a);

en el medio social, el borracho:

«El que da explicaciones a un necio
se las da a un borracho,
al final le responde: ¿de qué se trata?» (22,10);

y en la mayor de las hipérbolos, el muerto:

«Llora al muerto porque le falta la luz,
llora al necio porque le falta el sentido;
aunque mejor es llorar al muerto, que ya descansa,
pues la vida del necio es peor que la muerte;
el luto de un muerto dura siete días,
el de un necio o impío, toda la vida» (22,1 Is).

Por esto el necio se ha de evitar como una enfermedad contagiosa:

«No hables mucho con el insensato
ni vayas con el ignorante;
guárdate de él, no sea que tropieces o te salpique cuando se sacude;
apártate de él y estarás tranquilo y no te irritará su necedad» (22,13).

En algunos casos se advierte el corrimiento al ámbito de la moralidad mediante la correspondencia entre sensato o sabio y justo, entre necio y malvado (cf. 27,11; 32,18; 33,2s).

b. Justo - malvado

Para los sabios está claro que son equivalentes la sabiduría y el bien, la no sabiduría o necedad y el mal. Jesús Ben Sira lo dice explícitamente:

«No es sabiduría ser experto en maldad,
no es prudencia la deliberación de los malvados.
Hay una astucia que resulta detestable
y hay insensatos que carecen de sabiduría.
Más vale el de pocos alcances que teme al Señor
que el muy inteligente que quebranta la ley» (19,22-24).

El binomio *justo - malvado* introduce abiertamente en la moralidad de las actitudes y de los actos de los individuos en concreto:

«No se junta el lobo con el cordero
ni el malvado con el justo» (13,7).
«El mal acompaña a los malvados,

pero el don del Señor es para el justo» (II,16b-17a).
«Haz bien al justo y obtendrás recompensa,
si no de él, al menos del Señor.
No está bien ayudar al malvado» (12,2-3a).
«Da al bueno, rehúsa al malvado» (12,7a).
«Frente al mal está el bien, frente a la vida la muerte,
frente al honrado el malvado, frente a la luz las tinieblas»
(33,14; cf. 16,13; 26,28c; 39,25.27).

c. Rico - pobre

Los sabios observan lo que acontece a su alrededor, constatan los hechos y los proponen a la consideración de sus discípulos (oyentes o lectores). Son muchas las sentencias que nos ha legado Jesús Ben Sira sobre la riqueza y la pobreza, sobre el rico y el pobre. Lo que demuestra que éstos eran los aspectos más llamativos de la sociedad de su tiempo, como lo son de la nuestra.

Es cierto que existe una tendencia general que valora positivamente la riqueza en sí misma (el ser rico) y negativamente la pobreza (el ser pobre). Esta tendencia correspondería a la doctrina sobre la remuneración intrahistórica, que considera la riqueza como un premio a la justicia (al justo) y la pobreza como un castigo a la maldad (al malvado). Así se expresa todo el Salmo 37, en el que leemos, por ejemplo: «Fui joven, ya soy viejo: nunca he visto a un justo abandonado ni a su linaje mendigando el pan. Apártate del mal y haz el bien, y siempre tendrás una casa; porque el Señor ama la justicia y no abandona a sus fieles. Los inicuos son exterminados, ... pero los justos poseen la tierra» (w. 25.27-29). El Eclesiastés no estaba conforme con esta visión de la vida, por lo que escribe: «De todo he visto en mi vida sin sentido: gente honrada que perece en su honradez y gente malvada que vive largamente en su maldad» (Ecl 7,15).

Jesús Ben Sira no valora las riquezas (el ser rico) y la pobreza (el ser pobre) absolutamente, es decir, sin tener en cuenta las circunstancias reales:

«Hay pobres respetados por su sensatez,
hay hombres respetados por sus riquezas;
respetado por su riqueza: ¿cómo?;
despreciado por su pobreza: ¿cómo?
Si lo respetan en la pobreza, cuánto más en la riqueza;
si lo desprecian en la riqueza, cuánto más en la pobreza» (10,30s).

Que el rico sea respetado por su riqueza y el pobre despreciado por su pobreza es lo que normalmente sucede; enseguida lo veremos confirmado. Pero si se respeta al pobre y se desprecia al rico es por algo que vale más que la riqueza, que lo tiene el pobre y no el rico, a saber, la sensatez o sabiduría: «Por su sabiduría el pobre llevará alta su cabeza» (11,1a). Jesús Ben Sira nos dice, sin embargo, que «buena es la riqueza adquirida sin culpa, mala es /a pobreza causada por Ja arrogancia» (13,24; cf. 40,26). El ideal será, pues, la suma de los dos valores: sensatez y riqueza; y la mayor desgracia la acumulación de los dos contravalores: pobreza y necesidad.

En la sociedad conviven el rico y el pobre. Al sabio le preocupa no sólo describir las relaciones que de hecho se dan entre ricos y pobres, sino recomendar además las que deberían darse. Cuando Jesús Ben Sira pregunta: «¿Pueden tratarse la hiena y el perro?, ¿pueden tratarse el rico y el pobre?» (13,18), Ja pregunta retórica no pretende suavizar una realidad cruel: que el rico y el pobre se llevan como la hiena y el perro, o peor aún, como el lobo y el cordero (cf. 13,17). La realidad social del tiempo de Jesús Ben Sira se parece más a la vida salvaje entre las fieras que a la convivencia entre seres racionales, entre personas, entre hermanos: «El asno salvaje es presa del león, el pobre es pasto del rico» (13,19). Con el correr de los siglos no hemos mejorado: seguimos mordiéndonos, matándonos unos a otros. El cuadro que Jesús Ben Sira nos hace de la sociedad de su tiempo podría pasar como el retrato de la nuestra:

«El rico ofende y encima se ufana,

el pobre es ofendido y encima pide perdón.
Si le eres útil, se servirá de ti,
si te derrengas, renuncia a ti;
si tienes algo, te dirá buenas palabras,
pero te explotará sin que le duela;
si te necesita, te halagará,
y con sonrisas te infundirá confianza;
te dirá amablemente: ¿qué necesitas?,
y con sus manjares te avergonzará;
mientras se aprovecha de ti, te engaña,
a la segunda y a la tercera te amenazará;
más tarde, al verte, te evitará
y meneará la cabeza contra ti» (13,3-7).
«El soberbio aborrece al humilde,
el rico aborrece al indigente.
Tropieza el rico, y su vecino lo sostiene,
tropieza el pobre, y su vecino lo empuja;
habla el rico, y muchos lo aprueban,
y encuentran elocuente su hablar desmañado;
se equivoca el pobre y le dicen: vaya, vaya;
habla con acierto, y no le hacen caso;
habla el rico y lo escuchan en silencio,
y ponen por las nubes su talento;
habla el pobre, y dicen: ¿quién es?;
y si cae, encima lo empujan» (13,20-23).

No se oculta a la visión perspicaz del Sirácida el lado oculto que siempre acompaña al intento violento de acumular riquezas ávidamente (cf. 31,1-7). Por esto canta la salud corporal, que no se puede comprar ni comparar con toda la riqueza del mundo y la puede poseer el pobre:

«Más vale pobre robusto y sano
que rico lleno de achaques;
la buena salud la prefiero al oro
y el buen ánimo a los corales;
no hay riqueza como un cuerpo robusto
y no hay bienes como un corazón contento» (30,14-16).

Y hace objeto de la más elevada alabanza al pobre que no ha rendido la nobleza de su alma a la fascinación de las riquezas:

«Dichoso el hombre que se conserva íntegro
y no se pervierte por la riqueza:
¿Quién es? -Vamos a felicitarlo,
porque ha hecho algo admirable en su pueblo.
¿Quién en la prueba se acreditó?
-Tendrá paz y tendrá honor.
¿Quién pudiendo desviarse no se desvió,
pudiendo hacer el mal no lo hizo?
-Su bondad está confirmada
y la asamblea contará sus alabanzas» (31,8-11).

¿Quién no se ha sentido ofuscado por el brillo del oro y atraído por el hechizo de las riquezas?
¿Quién no ha experimentado la sensación de seguridad que da el dinero? Jesús Ben Sira da un toque

de atención: «No confíes en tus riquezas ni digas: "soy poderoso"» (5,1; cf. v.8), pues «de la noche a la mañana cambia la situación: ante el Señor todo pasa aprisa» (18,26). Como medida de prudencia: «Más vale vida pobre al reparo del propio techo que banquete en casa ajena; conténtate con lo que tienes, poco o mucho, y no oirás las burlas de la vecindad» (29,22s; cf. vv.24-28). Pobre, pero honrado: «Procede en todo con moderación y no sufrirás desgracias» (31,22b), al menos irreparables.

d. Generoso - tacaño

La generosidad o tacañería son cualidades de las personas que manifiestan la magnanimidad, largueza, desinterés y nobleza del alma, o, por el contrario, la mezquindad, cicatería, cortedad de miras y ruindad del espíritu. El binomio *generoso - tacaño* -expresado en concreto adjetivamente-está relacionado directamente con las riquezas o acumulación de bienes, según el uso que de ellas haga su dueño. El generoso es aquella persona de espíritu noble que no está encerrada en sí misma, sino atenta y abierta a las necesidades de los que le rodean, sean éstas de orden espiritual o material, dispuesta siempre a echar una mano a aquel que lo necesita. De suyo el ser generoso no depende de que se posean más o menos riquezas;

también el privado de ellas, el pobre, puede ser generoso, pues siempre habrá alguno más menesteroso que él y, sobre todo, dispone de su persona, origen y fuente de toda generosidad:

«El rocío alivia el bochorno
y la palabra vale más que el don;
¿no vale la palabra más que el don
cuando procede de un hombre caritativo?» (Eclo 18,16s).

Generoso se puede ser con todos: con Dios (cf. 14,11), con el amigo (cf. 14,13), con el pobre (cf. 29,8), con todos los vivos y los muertos (cf. 7,33). Normalmente la generosidad va unida a la limosna, ya que ésta es la manifestación más concreta, no la única, de aquélla.

Recordemos que la limosna era el único medio de subsistencia de todos aquellos miembros de la sociedad, multitud ellos, que no poseían nada: «El pan de la limosna es vida del pobre, el que lo rehusa es homicida» (Eclo 34,21). La Escritura recomienda la limosna y de ella hace los mayores elogios (cf. Dt 15,7s; Sal 41,2; Prov 19,17; Tob 4,7-11; Le 11,41; Hech 10,4.31). Jesús Ben Sira recoge esta magnífica tradición y la desarrolla más que ningún otro autor sagrado.

En primer lugar rechaza enérgicamente, como trágica, la situación del que se ve obligado a mendigar: «Más vale morir que andar mendigando» (40,28b). Considera que no es vida digna del hombre depender de mesa ajena por el deshonor permanente que ello supone y por la vergüenza subsiguiente, que abraza las entrañas como el fuego (cf. 40,29s).

En el supuesto de que no se puede remediar la situación social generalizada de indigencia, Jesús Ben Sira admite, alaba y recomienda la limosna, porque es el único recurso que puede eliminar o aliviar la urgente necesidad del prójimo:

«El agua apaga el fuego ardiente y la
limosna expía el pecado» (3,30).

Es necesario luchar contra la tendencia egoísta del hombre a cerrarse en sí mismo; por esto Jesús Ben Sira insta a que «no tengas la mano abierta para recibir y cerrada a la hora de dar» (4,31), a que no guardes tu dinero «bajo una piedra», echándolo a perder (29,10b). Así pues, «no rehuses limosna al indigente» (4,3c); «no regatees tus limosnas» (7,10b), sino «ayuda a tu prójimo según tus posibilidades» (29,20a). Prójimo es todo aquel que te rodea y se encuentra necesitado (cf. Le 10,29-37):

«Sé generoso con el pobre,
no le des largas en la limosna;
por amor a la ley recibe al menesteroso,

y en su indigencia no lo despidas vacío;
pierde tu dinero por el hermano y el prójimo» (29,8-10a).

El indigente es como una herida abierta que hay que curar con suavidad y dulzura; mucho cuidado al tocarla:

«Hijo mío,... no ofendas con las palabras
cuando haces limosna...
El necio insulta sin caridad,
un don de mala gana hace llorar» (18,15.18).
«No exasperes al que se siente abatido
ni aflijas al pobre que acude a ti» (4,3).

La limosna revela el lado luminoso y bueno del hombre, Dios no puede quedarse indiferente ante este gesto que imita sus entrañas misericordiosas. Por esto, a la larga la limosna es una inversión:

«Pierde tu dinero por el hermano y el prójimo,
no lo echés a perder bajo una piedra;
invierte tu tesoro según el mandato del Altísimo,
y te producirá más que el oro;
guarda limosnas en tu despensa,
y ellas te librarán de todo mal;
mejor que escudo resistente o poderosa lanza,
lucharán contra el enemigo a tu favor» (29,10-13).

Dios sale garante de la recompensa del misericordioso y su agrado descenderá como una bendición:

«El que hace limosna tendrá recompensa,
cada uno recibirá según sus obras» (16,14).
«El Señor guarda, como sello suyo, la limosna del hombre,
y su caridad, como la niña del ojo.
Después se levantará para retribuir las
y hará recaer sobre ellos lo que merecen» (17,22s).
«Extiende la mano también al pobre,
para que sea completa tu bendición» (7,32).
«La misericordia no perece jamás,
la limosna dura para siempre» (40,17).

Con esta garantía de por medio Ben Sira puede también sentenciar: «Hermano y protector salvan del peligro: mejor que los dos salva la limosna» (40,24; cf. 3,31).

A la luminosidad del generoso se opone la oscuridad del tacaño que ni siquiera merece las riquezas que posee (cf. 40,3). La vida del mezquino no tiene sentido: sus esfuerzos no le aprovechan a él sino a un extraño; «su tacañería se vuelve contra él» (40,6). Con bastante ironía Jesús Ben Sira afirma que «si hace un favor es por descuido» (40,7a). En boca de todos anda el honor del tacaño; su proceder mezquino y cicatero es motivo de burlas, de bromas y de escarnio: «Del huésped tacaño se murmura en la plaza, y la fama de su mezquindad es duradera» (31,24).

e. Alegre - triste

Hay estados de ánimo y situaciones personales que miran más al sujeto que los disfruta o padece que a su entorno; entre éstos están los causados por la alegría y la tristeza. La alegría es como una fuente de agua o de luz que brota del corazón, de lo más íntimo del hombre, de lo profundo de su conciencia. Es la consecuencia natural de la paz interior, del equilibrio, de la salud plena del hombre.

Jesús Ben Sira nos ha dejado en su libro algunas finas observaciones sobre la alegría:

«Alegría de corazón es vida del hombre,

el gozo alarga sus años; ...
Corazón alegre es gran festín
que hace provecho al que lo come» (30,22.25).

Algunas veces estamos alegres y no sabemos por qué. Las causas de la alegría pueden ser internas al hombre o externas. La ausencia de enfermedades, la buena salud, es causa interna de alegría; Ben Sira lo expresa así:

«La buena salud la prefiero al oro
y el buen ánimo a los corales;
no hay riqueza como un cuerpo robusto,
ni hay bienes como un corazón contento» (30,15s).

Con gran optimismo cree Jesús Ben Sira que la ascesis puede llevarnos a la alegría: «El hombre paciente aguanta hasta el momento justo, y al final su paga es la alegría» (1,23; cf. 2,4s). Pero sobre todo es causa interna de alegría la paz con Dios, fruto a su vez de las buenas relaciones del individuo con Dios, que en Eclo se expresan por el temor del Señor:

«El temor del Señor es gloria y honor,
es gozo y corona de júbilo;
el temor de Dios deleita el corazón,
trae gozo y alegría y vida larga».
«La corona de la sabiduría es temer al Señor:
sus brotes son la paz y la salud» (1,lis.18; cf. 2,9).

De las causas externas de la alegría en el hombre Ben Sira menciona el entorno familiar, especialmente la buena esposa:

«Dichoso el marido de una mujer buena:
se doblarán los años de su vida».
«Mujer buena es buen partido
que recibe el que teme al Señor:
sea rico o pobre, estará contento
y tendrá cara alegre en toda sazón» (26,1.3s; cf. 25,8a).
«Mujer hermosa ilumina el rostro
y sobrepasa todo lo deseable;
si además habla acariciando,
su marido no es un mortal» (36,27s; cf. 26,13-15; 40,20b).

También es causa de alegría para el padre el hijo bien educado, esperanza de supervivencia y reflejo de sí mismo (cf. 30,5; 25,7b).

Fuera de la vida en familia el amigo verdadero es la fuente más segura de algunos momentos inigualables de placer y de gozo. En 25,9 se dice: «Dichoso el que encuentra un amigo», y en 6,14: «Al amigo fiel temo por amigo, el que lo encuentra, encuentra un tesoro».

Con los amigos se celebran las fiestas, manifestación típica y ruidosa de la alegría. En ellas se consigue a veces pasarlo bien y disfrutar de una efímera alegría. Jesús Ben Sira no tiene reparos en atribuir al vino, bebido con moderación, la causa de tal alegría:

«¿A quien da vida el vino?
-Al que lo bebe con moderación.
¿Qué vida es cuando falta el vino,
que fue creado al principio para alegrar?
Alegría y gozo y euforia es el vino
bebido a su tiempo y con tiento» (31,27s; cf. 40,20a).

La tristeza es el negativo de la alegría: oscuridad del alma, pena, aflicción, vacío interior, horizonte cerrado, sensación de asfixia, de ahogo, de falta de vida y de ilusión. Por esto aconseja

sabiamente Ben Sira: «No te dejes vencer por la tristeza» (30,21a). Si la causa de la tristeza está en el sentimiento de culpa (cf. 30,2 lb), habrá que ir a la raíz más profunda de la conciencia y eliminarlo: «Dichoso el hombre a quien no le reprocha la conciencia ni ha perdido la esperanza» (14, 2). Conseguida esta meta Jesús Ben Sira vuelve a recomendar:

«Consuélate, recobra el ánimo,
aleja de ti la pena,
porque a muchos ha matado la tristeza, y
no se gana nada con la pena» (30,23).

f. Humilde - soberbio

No pretendemos ser exhaustivos en la enumeración de virtudes - vicios; solamente aducimos aquellos ejemplos de binomios que Jesús Ben Sira ha desarrollado generosamente, o que implican una actitud personal tan radical que determinan una forma de vida. En este sentido la *humildad* -*soberbia* es un estilo de vida que afecta al individuo en cuanto tal y como ser que se relaciona con los demás y con Dios.

A juicio de Jesús Ben Sira, no hay mejor manera de proceder que la sencillez y llaneza: «Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso» (3,17). Como conoce la tendencia natural del hombre a estimarse en más de lo que es, aconseja: «Humilla más y más tu soberbia» (7,17a; cf. 1,30). Al consejo acompaña el motivo: «Pues al hombre le esperan los gusanos» (7,17b), motivo que desarrollará ampliamente en 10,9-11:

«¿Por qué se ensoberbece el polvo y ceniza si
aún en vida se pudren sus entrañas? Un
achaque ligero, y el médico perplejo: hoy rey,
mañana cadáver. Muere el hombre y hereda
gusanos, lombrices, orugas, insectos».

También en el caso de gozar de alta estima y de poder en la sociedad, la actitud humilde es la más adecuada: «Hazte pequeño en las grandezas humanas» (3,18a; cf. 5,1); «Conserva tu honor con moderación» (10,28a).

Aunque parezca una paradoja, en el trato social la humildad es como el perfume de calidad exquisita, que se expande todo alrededor: «Gente humilde comparte tu pan» (9,16a). Las comparaciones son odiosas, por esto Ben Sira advierte: «No te tengas en más que tus paisanos» (7,16a).

La actitud contraria está inspirada en la soberbia, que es «odiosa al Señor y a los hombres, para los dos es delito de opresión» (10,7), por lo que el soberbio es una amenaza permanente, como gráficamente nos dice en 10,30: «Como pájaro encerrado en la cesta es el corazón del soberbio: acecha como lobo a su presa». Con relación al Señor el soberbio es rechazado (cf. 10,14) y el humilde alcanza su favor (cf. 3,18; 1,27), «porque es grande la misericordia de Dios, y revela sus secretos a los humildes» (3,20; cf. Mt 11,25).

g. Mortal - inmortal

Nos apresuramos a precisar que al hablar de inmortal no nos referimos a una supervivencia personal después de la muerte, de lo que no hay el más mínimo rastro en Eclo, sino de la inmortalidad que da la fama.

El tema de la muerte, uno de los más tratados por Jesús Ben Sira, entenebrece hondamente la visión de la existencia humana: «El hombre no es como Dios, pues ningún hijo de Adán es inmortal» (17,30). El recuerdo de nuestra condición mortal está siempre presente en Eclo:

«Dios ha repartido una gran fatiga y un
yugo pesado a los hijos de Adán,

desde que salen del vientre materno hasta que vuelven a la madre de los vivientes: preocupaciones, temor de corazón y la espera angustiada del día de la muerte» (40,1-2; cf. 8,7; II,18s.26-28; 14,12-19; 17,1s; 33,24; 38,16-23; 40,11).

El autor llama atrevidamente a la muerte «el día eterno» (18,10b). Se entremezclan sentimientos contradictorios con relación al destino mortal humano: sentimientos de angustia y de temor por el hecho mismo de tener que morir, como acabamos de ver, o por tener que dejar lo que tanto se quiere:

«Oh muerte, qué amargo es tu recuerdo para el que vive tranquilo con sus posesiones, para el hombre contento que prospera en todo y tiene salud para gozar de los placeres!» (41,1).

Sentimientos de consuelo por la esperanza de la liberación de todo sufrimiento:

«;Oh muerte, qué dulce es tu sentencia para el hombre derrotado y sin fuerzas, para el hombre que tropieza y fracasa, que se queja y ha perdido la esperanza! No temas tu sentencia de muerte...» (41,2s).

Para Jesús Ben Sira el horizonte de la vida no se extiende más allá del sepulcro: «Lo que viene de la nada vuelve a la nada» (41,10; cf. 10,9-11; 17,27s). La única inmortalidad que admite es la del recuerdo en los hijos y en la buena fama (cf. 30,4-6; 39,9-11; 40,19; 41,11-13; 44,8-15). Lógicamente se adhiere a la doctrina llamada tradicional a propósito de *la retribución*: «No te complazcas con el insolente que triunfa, piensa que no morirá impune» (9,12), pues «el mal acompaña a los malvados; pero el don del Señor es para el justo, y su favor asegura el éxito» (II,16s; cf. 3,1-16; 11,12-28; 16,6-23; 17,15-23; 33,1s). Jesús Ben Sira conoce bien las incoherencias prácticas de esta doctrina (cf. 13,1-23), pero es más fuerte su fe en Dios «juez justo» que «hace justicia» (35,18). Probablemente no se planteó el problema con toda su crudeza, ya que no se da cuenta de que ha entrado en un callejón sin salida, o la encuentra en la confianza en Dios:

«Fijaos en las generaciones pretéritas: ¿Quién confió en el Señor y quedó defraudado? ¿Quién esperó en él y quedó abandonado? ¿Quién gritó a él y no fue escuchado?» (2,10).

Junto a esta confianza en Dios, Ben Sira desarrolla con amplitud la doctrina sobre «*el temor del Señor*», quintaesencia de la piedad más pura de su yahvismo, pues «el temor del Señor es síntesis de la sabiduría, cumplir su ley es toda la sabiduría» (19,20; cf. § 4.5.d).

4.3. Vida en sociedad

Después de exponer el tema genérico del hombre en el Eclo, analizamos la vida en sociedad del mismo hombre. Empezamos por el aspecto formal de la palabra, seguimos por las formas concretas de realización del hombre: los oficios, y terminamos con los medios o ámbitos en que se desenvuelve su vida: el familiar y el extrafamiliar.

a. La palabra

La palabra es el medio más universal que el hombre posee para comunicarse con los demás. Por medio de ella revelamos nuestros más íntimos sentimientos e intercambiamos experiencias comunes. La palabra ha mantenido su valor privilegiado a través de la historia a pesar de la universalización de la

cultura escrita y no la ha perdido en nuestro tiempo en que predomina la cultura de la imagen. Esto demuestra que el hombre esencialmente es un ser capaz de hablar.

Jesús Ben Sira dedica especial atención a la palabra en cuanto que es un medio de comunicación del hombre con su entorno. Al sabio le interesa enseñar al alumno el recto uso de la palabra en sus relaciones con sus semejantes y con Dios.

No es fácil llegar a conseguir el uso perfecto de la palabra, pues esto supondría que el sujeto que habla ha conseguido ya el dominio perfecto de los medios expresivos.

«Vigila tus labios» (1,29b), nos dice Ben Sira casi al inicio de sus reflexiones de sabio; el que vigila sus labios se controla a sí mismo y no cometerá injusticias con la *palabra*, como insinúa en otro lugar: «Para las palabras hazte balanzas y platillos, para la boca, puerta y cerrojo» (28,25). La virtud de la prudencia es típica del sabio, sobre todo si es consejero; unida a ella van la serenidad y la entereza:

«No avientes con cualquier viento ni sigas cualquier dirección.
Sé consecuente en tu pensar y coherente en tus palabras;
sé rápido para escuchar y calmoso para responder;
si está en tu poder, responde al prójimo, y si no, mano a la boca» (5,9-12).

La palabra oportuna vale más que el oro, por esto «el sabio calla hasta el momento oportuno, el necio no aguarda la oportunidad» (20,7). El Eclesiastés nos dice que «para todo hay una hora, y un tiempo para todo asunto bajo el cielo; ... un tiempo para callar, un tiempo para hablar» (3,1.7b). No es bueno hablar cuando hay que callar, ni callar cuando hay que hablar (cf. Prov 26,4-5); «el prudente pesa sus palabras en la balanza» (Eclo 21,25; cf. Prov 11,12b), evitando así los males que provienen del mal control de la lengua (cf. Eclo 11,8; 19,6; 20,18; 25,8b; 28,26). Sin embargo, las circunstancias pueden exigir que el sabio hable: «No retengas la palabra oportuna ni escondas tu sabiduría; pues hablando se muestra la sabiduría, y la inteligencia, en la respuesta de la lengua» (4,23s; cf. 21,17; 18,29). Algunas veces el acierto o desacierto no está en lo que se dice, sino en el modo de decirlo (cf. 18,15.18; 20,20; 21.16.25s; 23,8); otras veces en ambas cosas (cf. 27,13-15; 20,13).

Si ya es difícil decir una palabra en el momento oportuno (cf. 19,16), qué decir del que habla en demasía: «El que habla mucho se hace odioso» (20,8a; cf. 21,25a; 20,5b), o del que miente a sabiendas: «La mentira es una infamia para el hombre» (20,24a; cf. 7,13; 20,25s; 28,17s).

Entre los peligros por hablar demasiado está el de revelar secretos y confidencias. Jesús Ben Sira es rotundo:

«No repitas una murmuración,
y no quedarás malparado;
no se lo cuentes ni a amigo ni a enemigo,
y no lo descubras...
¿Has oído algo? Muera dentro de ti;
aguanta, que no reventarás.
Tal noticia pone en trance al necio,
como la criatura a la parturienta;
flecha clavada en el muslo es la noticia
en las entrañas del necio» (19,7s.IO-12; cf. 42,1a).

En esta materia mejor es ser desconfiado con todos que confiado con uno solo (cf. 18,17-19): «Se puede vendar una herida, se puede remediar un insulto; el que revela un secreto no tiene esperanza» (27,21), y menos aún si es el de un amigo (cf. 27,16-20).

b. Los oficios

Una de las acepciones de la sabiduría antigua es la de pericia o maestría, que hace referencia a la

habilidad en el ejercicio de un oficio. Una particularidad de Jesús Ben Sira es que presta especial atención a los oficios, dedicándoles más espacio que ningún otro sabio.

Está familiarizado con las labores al aire libre del hombre de campo, como son la guarda del ganado (cf. 7,22) y el cultivo de la tierra (cf. 40,22), y con la observación de los fenómenos de la naturaleza en campo abierto: el arco iris, las nubes, el granizo, el rayo, el trueno, el vendaval, la nieve, la escarcha, el hielo, el rocío (cf. 43,11-22).

Se recrea Ben Sira en la descripción de los artesanos en plena faena: el arador, el boyero, el tejedor, el escultor, el herrero, el alfarero (cf. 38,25-30): «Todos éstos se fían de su destreza y son expertos en su oficio» (38,31). Es grande la estima que de estos artesanos tiene Jesús Ben Sira:

«Sin su trabajo la ciudad no tiene casas
ni habitantes ni transeúntes»;
«mantienen la vieja creación
ocupados en su trabajo artesano» (38,32.34b).

Pero los considera de una categoría inferior:

«No los eligen senadores
ni descuellan en la asamblea,
no toman asiento en el tribunal
ni discuten la justa sentencia,
no exponen su doctrina o su decisión
ni entienden de proverbios» (38,33-34a).

El médico ocupa un puesto superior en la escala particular de Ben Sira:

«El médico recibe su ciencia de Dios
y del rey su sustento.
La ciencia del médico le hace llevar alta la cabeza
y presentarse ante los nobles.
Dios hace que la tierra produzca remedios:
y el hombre prudente no los desdeñará».
«Con ellos el médico alivia el dolor
y el boticario prepara sus ungüentos» (38,2-4.7).

En caso de enfermedad se debe rezar a Dios (cf. 38,9) y acudir al médico:

«Da lugar al médico, y no te falte,
pues también lo necesitas a él,
hay momentos en que de él depende el éxito,
y también él reza a Dios
para que le dé acierto al diagnosticar
y al aplicar la medicina saludable.
Peca contra su Hacedor
el que se hace fuerte frente al médico» (38,12-15).

Sin embargo, nada es comparable al estudioso y, más en particular, al que se dedica de lleno al estudio y a la meditación de la ley del Altísimo (cf. 38,24; 39,1-5);

«Si el Señor lo quiere,
él se llenará de espíritu de inteligencia;
Dios le hará derramar sabias palabras,
y él confesará al Señor en su oración;
Dios guiará sus consejos prudentes,
y él meditará sus misterios;
Dios le comunicará su doctrina y enseñanza,

y él se gloriará de la ley del Altísimo» (39,6-8).
La fama del perito en la Ley será grande en vida
y se perpetuará en las generaciones futuras (cf. 39,9-11).

c. Vida familiar

El medio ambiente más cercano en el que discurre la vida de una persona en las diferentes etapas de su existencia es el círculo familiar; por esto los sabios de todos los tiempos han mostrado un interés muy particular por la familia. El Eclo pasa revista a los miembros que componen una familia y tiene una palabra singular para cada uno de ellos.

el. El matrimonio

La institución familiar, y en ella el matrimonio, es el centro de la vida de un israelita: «Tomar mujer es el mejor negocio» (36,29). Por la misma razón la paz del hogar es una de las grandes aspiraciones del sabio:

«En tres cosas se complace mi alma que
agradan a Dios y a los hombres: concordia de
hermanos, amor del prójimo, mujer y marido
que se llevan bien» (25,1).

En una sociedad de estructura patriarcal es natural que el marido ocupe el centro de atención, alrededor del cual gire y se construya la familia; marido dichoso, familia feliz:

«Dichoso el marido de una mujer buena:
se doblarán los años de su vida.
La mujer hacendosa hace prosperar al marido,
él cumplirá sus días en paz.
Mujer buena es buen partido
que recibe el que teme al Señor:
sea rico o pobre, estará contento
y tendrá cara alegre en toda sazón» (26,1-4; cf. 26,13s.23b).

De todas formas Jesús Ben Sira no escatima elogios a la mujer buena y hermosa, aplicándole los más bellos símbolos:

«Mujer modesta duplica su encanto:
no hay belleza que pague un ánimo casto.
El sol brilla en el cielo del Señor,
la mujer bella, en su casa bien arreglada;
lámpara que luce en candelabro sagrado
es un rostro hermoso sobre un tipo esbelto;
columnas de oro sobre plintos de plata
son piernas firmes sobre pies hermosos» (26,15-18).

Si se realiza este bello ideal, el marido que lo disfrute rompe los moldes de los mortales: «Mujer hermosa ilumina el rostro y sobrepasa todo lo deseable; si además habla acariciando, su marido no es un mortal» (36,27s).

Hay valores que el hombre aprecia por sí mismos, como son los hijos y los amigos, pues bien:

«La prole y un plantío hacen florecer el nombre: mejor
que los dos una esposa enamorada». «Amigo y
compañero ayudan en la ocasión: mejor que los dos
una mujer prudente» (40,19b.23).

Vale la pena conservar este bien como oro en paño, y no dar motivos para perderlo (cf. 9,1s). Pero,

por desgracia, la realidad de la vida matrimonial en muchos casos es bastante cruel. Jesús Ben Sira describe la infelicidad del marido a quien no le ha tocado una buena esposa:

«Corazón abatido, rostro sombrío,
pena del alma es la mujer malvada;
brazos débiles, rodillas vacilantes,
cuando la mujer no hace feliz al marido» (25,23; cf. 25,13-20).
«Mujer malvada es yugo que da sacudidas,
el que se la lleva, agarra un alacrán.
Mujer borracha es grave molestia,
y no puede ocultar su infamia» (26,7s).

El caso extremo es el de la mujer infiel, que merece el rechazo y la condena de la comunidad (cf. 23,22-26; 42,13s). Ella es un peligro permanente para inexpertos y mayores (cf. 9,3-10; 26,9-12); peligro que hay que evitar a toda costa (cf. 25,21.25).

Creo que no es justo calificar a Jesús Ben Sira como misógino, pues, al hablar de la mujer, subraya tanto el lado oscuro como el luminoso; así puede verse en 26,22-27, donde entrelaza uno y otro aspecto de la mujer.

c.2. Los hijos

Es muy conocido el modo de pensar de los semitas acerca de los hijos. Ellos son los que perpetúan el nombre después de la muerte, que es como decir la fama, pues hasta la etapa final del Antiguo Testamento no se reconoce la supervivencia personal: «Los hijos y una ciudad perpetúan el nombre... La prole y un plantío hacen florecer el nombre» (40,19; cf. 30,4-6).

Los hijos son la alegría de los padres (cf. 30,5; Prov 10,1). Jesús Ben Sira insiste una y otra vez en la necesidad de una buena educación: «Si tienes hijos, edúcalos» (7,23); «¡Qué desgracia ser padre de un hijo malcriado!, y si es hija, no es menor la desgracia» (22,3). El sistema educativo del tiempo es muy severo; el castigo es moneda corriente: «(no te avergüences) de educar con rigor a tu hijo» (42,4b; cf. 30,1-3.7-13).

El padre debe buscar mujer a su hijo (cf. 7,23b) y marido a su hija (cf. 7,25; 42,9), la cual es fuente constante de preocupaciones, esté soltera o casada (cf. 7,24; 22,4s; 42,9-12).

También habla el Eclo de las relaciones hijos-padres; prácticamente se reducen al deber de honrarlos y alimentarlos:

«Honra a tu padre de todo corazón
y no olvides los afanes de tu madre;
recuerda que ellos te engendraron,
¿qué les darás por lo que te dieron?» (7,27s; cf. 3,1-6).

La realidad con toda seguridad iría más allá de lo estrictamente obligatorio.

Entre los hermanos se cultiva el afecto: «No cambies un amigo por dinero ni a tu hermano querido por oro de Ofir» (7,18). Y, como manda la tradición, «entre hermanos se honra al mayor» (10,20a; cf. Gen 24,29-60).

c. 3. Los siervos

En toda la sociedad antigua la esclavitud era una institución legalmente establecida, tan arraigada que sin ella no se podía concebir ni la organización ni el funcionamiento de la vida económico-social. En Israel la legislación sobre la esclavitud estaba muy mitigada en comparación de la del tiempo (cf. C>t 15,12-18; Ex 21,2-11; Lev 25,39-55); pero sigue existiendo una distinción fundamental entre esclavos y libres, israelitas o no israelitas.

Los siervos forman parte del patrimonio familiar, como la tierra, la casa y los animales domésticos. Jesús Ben Sira no distingue entre siervos israelitas y no israelitas. El trato que se les ha de dar en general depende del comportamiento de ellos: «No maltrates al siervo cumplidor» (7,20); sin

embargo: «(No te avergüences) de tundir los lomos a un mal siervo» (41,5c), lo mismo que se hace con los animales:

«Al asno pienso, látigo y carga,
al siervo sujeción y tareas;
haz trabajar al siervo sin descanso,
si alza la cabeza y te traiciona;
haz trabajar al siervo para que no se rebele,
porque la *pereza* trae muchos males;
yugo y coyundas y la vara del que lo guía,
a siervo malo muchas cadenas» (33,25-30a).

Este comportamiento no es considerado ni inhumano ni injusto, ya que a renglón seguido leemos: «Pero no te excedas con ningún hombre ni hagas nada injustamente» (33,30bc). Una mezcla de conveniencia y de humanidad se transparentó en estas otras normas de comportamiento:

«Si tienes un solo siervo, trátalo como a ti mismo,
pues lo has comprado a precio de sangre;
si tienes un solo siervo, considéralo un hermano,
no tengas celos de tu sangre y tu vida.
Si lo maltratas, se escapará y lo perderás,
¿por qué camino podrás encontrarlo?» (33,31s).

Hasta llegar muy cerca de la formulación de la regla de oro: «Ama al siervo hábil como a ti mismo y no le niegues la libertad» (7,21), donde probablemente se refleja una práctica habitual.

d. Vida extrafamiliar

Desde antiguo el individuo ha pasado gran parte de su tiempo con personas ajenas al círculo estrictamente familiar. En los núcleos más reducidos de población el margen de opciones en el trato con las personas era muy pequeño: el individuo necesariamente tenía que convivir casi siempre con las mismas personas. A medida que han aumentado los núcleos de población en número y extensión, se han ampliado también las posibilidades de contactos con personas no familiares o desconocidas. Por esta razón los sabios, y entre ellos Jesús Ben Sira, han creído oportuno y necesario adoctrinar acerca de las ventajas e inconvenientes de esta inevitable convivencia extrafamiliar, pues no todas las personas con las que tratamos son iguales, ni su influjo sobre nosotros es siempre positivo. De aquí las advertencias para ser cautelosos en el trato con las personas que se juzgan peligrosas, los consejos para ser prudentes en el intercambio con los poderosos y las recomendaciones para incrementar las relaciones con los amigos.

d.I. Las malas compañías

La prudencia más elemental aconseja tener los ojos bien abiertos, cuando el enemigo acecha por todas partes o el camino que recorreremos está sembrado de trampas. Nos lo advierte Jesús Ben Sira: «Mira que caminas entre lazos, que avanzas por una red» (9,13c). El ejemplo más claro es el de la adúltera: «No te acerques a mujer ajena, y no caerás en sus redes; no intimes con la ramera, y no te cazarán en sus lazos» (9,3). Pero no es el único, pues los malvados y los insensatos son innumerables y de ellos hay que guardarse (cf. 9, 11s; 11,33ab; 22,13a). Caso particular lo ofrece el que sabemos que es nuestro enemigo, pero actúa con astucia y falsedad: «No te fíes nunca del enemigo;... aunque te haga caso y se porte con modestia, ten cuidado y desconfía de él» (12,10s; cf. 12,16-18).

Lo mejor en estos casos será alejarse (cf. 9,13ab; 11, 33cd; 22,13d), porque si no, lo más probable será que lo lamentemos cuando ya no tenga remedio:

«¿Quién compadece al encantador mordido o
al que se acerca a bestias feroces? Lo
mismo al que se junta con el arrogante

y se mancha con sus delitos» (12,13s).

«A quien toca la pez se le pega la mano,
quien se junta con el cínico aprende sus costumbres» (13,1; cf. 19,2).

d.2. Los poderosos

Poderosos son aquellos que en la sociedad pueden decidir sobre vidas y haciendas; de hecho son los que en sus manos tienen el poder político y el financiero, es decir, los que tienen la autoridad y el dinero, que, en la mayoría de los casos, son las mismas personas. Jesús Ben Sira habla del poderoso en sentido negativo:

«¡Ay de vosotros, poderosos, que
abandonáis la ley del Altísimo! Si dais fruto,
es para que se malogre, si engendráis, es
para el luto; cuando caigáis, habrá gozo
eterno, cuando muráis, seréis malditos»
(41,8s).

El semita admite de buen grado que el poder viene de Dios (cf. Prov 8,15s; Eclo 10,4). No discute Ben Sira sobre la legitimidad o ilegitimidad del poder, pero critica fuertemente a las personas que lo detentan. Según él son presuntuosos, caprichosos, astutos, malvados (cf. 13,8-12). En consecuencia, aconseja:

«No pongas pleito a un poderoso,
no vayas a parar a sus manos;
no pelees con un hombre rico:
pesará tu precio, y estás perdido» (8,1s).

Así se comprende que desaconseje pedir a Dios el poder, pues fácilmente cederá ante la arrogancia de los nobles, vendiendo por dinero su dignidad e integridad (cf. 7,4-6). Debajo de esta enseñanza al alumno se descubre una crítica descarnada a la clase social dominante, a los poderosos de su tiempo.

d.3. Los amigos

Por suerte no todo es negativo en la vida de sociedad. Además de la familia están los amigos; de éstos habla Jesús Ben Sira ampliamente y con verdadero entusiasmo, como el que trata de una experiencia a la vez gratificante y doloroso.

Amigos de verdad hay pocos; por esto es «dichoso el que encuentra un amigo» (25,9a); «el que lo encuentra, encuentra un tesoro» (6,14b), y más que un tesoro:

«Un amigo fiel no tiene precio
ni se puede pagar su valor;
un amigo fiel es un talismán:
el que teme a Dios lo alcanza;
su camarada será como él
y sus acciones como su fama» (6,15-17).

«Ama a tu amigo y confíate a él» (27,17a), sólo a él: «uno entre mil» (6,6; cf. 6,14a). El verdadero amigo estará dispuesto a dar su vida por el amigo: «El amigo fiel peleará contra tu enemigo, empuñará contra él el escudo» (37,5; cf. Jn 15,13).

Muchos se comportan como si fueran amigos, pero en realidad no lo son (cf. 37,1); ¿cómo distinguir al amigo verdadero del falso?:

«En la prosperidad no se conoce el amigo,
en la desgracia no se oculta el enemigo,
en la prosperidad el enemigo se hace amigo,

en la desgracia el compañero se aparta» (12,8s).

La verdadera amistad sólo se demuestra en la desgracia (cf. 6,8-12); hasta que no se ha superado esta prueba jamás se sabrá quién es de verdad amigo (cf. 40,23a). Mientras tanto hay que ser muy cautos: «No deseches al amigo viejo, porque al nuevo no lo conoces; amigo nuevo es vino nuevo: deja que envejezca y lo beberás» (9,10; cf. 6,7.13). La fidelidad en toda ocasión es la mejor compañera de la amistad:

«No me avergüenzo de saludar a un amigo
ni me escondo de su vista;
si algún mal me sucede por su culpa,
el que se entere se guardará de él» (22,25s; cf. 7,12.18; 19,13.15; 41,18c.21a.22b).

Sin embargo, todo es posible entre los hombres, también la ruptura de una amistad verdadera. Jesús Ben Sira deplora profundamente la pérdida de la amistad: «¿No es un disgusto mortal cuando el amigo íntimo se vuelve enemigo?» (37,2; cf. 22,19s). Las causas de esta pérdida tan doloroso son muchas; Ben Sira subraya particularmente la infidelidad al revelar secretos (cf. 7,12.18; 22,22b; 27,16-18).

A pesar de esto, todavía es posible recuperar la amistad perdida:

«Aunque hayas empuñado la espada contra el amigo,
no pierdas la esperanza, que aún hay remedio; aunque
hayas abierto la boca contra el amigo, no temas,
puedes reconciliarte» (22,2 Is).

Vale la pena intentarlo, aunque será muy difícil que todo sea como antes.

d.4. Las fiestas

Los momentos alegres se celebran jubilosamente en familia o con los amigos. En estas celebraciones o fiestas son imprescindibles los banquetes, y en los banquetes el vino y la música.

Es muy probable que Jesús Ben Sira conociera el ritual de los banquetes por propia experiencia, pues pertenecía a la clase acomodada de Jerusalén. El habla de la solicitud del anfitrión (cf. 32,1s), de las buenas maneras que todo invitado ha de observar en la mesa (cf. 31,12-19), en particular el anciano (cf. 32,3s) y el joven (cf. 32,7-10), También conoce las desagradables consecuencias del mucho comer (cf. 31,19-21).

El banquete y la alegría van siempre unidas: «Corazón alegre es gran festín que hace provecho al que lo come» (30,25). En el banquete alegre no puede faltar el vino:

«¿A quién da vida el vino?
-Al que lo bebe con moderación.
¿Qué vida es cuando falta el vino,
que fue creado al principio para alegrar?
Alegría y gozo y euforia es el vino
bebido a su tiempo y con tiento» (31,27s; cf. 40,20a).

Hay que guardar, pues, el equilibrio, la justa medida en la bebida, pues los excesos del vino no son buenos para el bebedor: «Dolor de cabeza, tartamudez, afrenta, es el vino bebido con pasión e irritación» (39,29), y traen fatales consecuencias (cf. 19,1-3; 31,25s.30s).

La música es el máximo ornato en los banquetes, por lo que nunca debería faltar en ellos:

«Joya de azabache en collar de oro
es el canto en medio del banquete;
Engarce de oro con sello de esmeralda
son los instrumentos entre la delicia del vino» (32,5s; cf. 49,1).

4.4. La injusticia social

Este ha sido siempre uno de los temas de mayor envergadura en todo el Antiguo Testamento. La sensibilidad de los profetas, conciencia viva del pueblo, frente a las injusticias está a flor de piel. Por la Escritura sabemos que Dios ha estado y está siempre al lado de la justicia. En el oráculo de Is 61,8 habla el Señor en primera persona: «Porque yo, el Señor, amo la justicia»; el Cronista se vale de David, rey, para confesar: «Sé, Dios mío, que sondeas el corazón y amas la justicia» (1 Crón 29,17); el salmista proclama al final de su meditación el fundamento de su confianza en Dios: «Porque el Señor es justo y ama la justicia» (Sal 11,7). Dios reclama la práctica de la justicia en favor de los que la necesitan, los débiles y desamparados, por medio de sus enviados los profetas:

«¡Ay de los que convierten la justicia en acíbar y arrastran por el suelo el derecho... Odian a los fiscales del tribunal y detestan al que depone exactamente! Pues por haber conculcado al indigente exigiéndole un tributo de grano, si construís casas de sillares, no las habitaréis; si plantáis viñas selectas, no beberéis de su vino. Sé bien vuestros muchos crímenes e innumerables pecados: estrujáis al inocente, aceptáis sobornos, atropelláis a los pobres en el tribunal... Buscad el bien, no el mal, y viviréis y estará realmente con vosotros, como decís, el Señor, Dios de los ejércitos» (Amos 5,7.10-14; cf. Miq 2,1; 3,9-11; Jer 22,13-17).

No hay más que un camino que lleva a Dios, la práctica de la justicia y todos sus equivalentes: la rectitud, la equidad, la bondad:

«El ayuno que yo quiero es éste -oráculo del Señor-: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir un pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como la aurora, enseguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor» (Is 58,6-8).

«Misericordia quiero, no sacrificios; conocimiento de Dios, no holocaustos» (Os 6,6; cf. Mt 9,13; 12,7).

En Jesús Ben Sira, como en todos los sabios, se mantiene viva la sensibilidad de los profetas ante las injusticias sociales. Para él «la injusticia es espada de dos filos y su herida es incurable» (Eclo 21,3). La injusticia puede darse entre el pueblo llano: «Difícilmente se libra de injusticia el mercader» (26,29; cf. 42,4); pero su lugar casi natural está entre los poderosos, como nos enseñan los profetas.

Jesús Ben Sira apunta paradójicamente a las instituciones de justicia, a los jueces (cf. 4,27b; 7,7), que pueden ser sobornados (cf. 40,12) y, sobre todo, a los potentados que, por medio de los sacrificios culturales, parece que quieren sobornar al mismo Dios. Ben Sira, hombre reconocidamente piadoso, se detiene en este apartado del culto. Dios se complace en los sacrificios del justo:

«La ofrenda del justo enriquece el altar,
y su aroma llega hasta el Altísimo.
El sacrificio del justo es aceptado,
su ofrenda memorial no se olvidará» (35,5s).

Para él el Justo actúa positivamente:

«El que observa la ley hace una buena ofrenda,
el que guarda los mandamientos ofrece sacrificio eucarístico,
el que hace favores ofrenda flor de harina,
el que da limosna ofrece sacrificio de alabanza» (35,1s);

y negativamente evita el ejercicio de la injusticia:

«Apartarse del mal es agradable a Dios,
apañarse de la injusticia es expiación» (35,3).

Por el contrario, las ofrendas del impío no son agradables al Señor, aunque sean muchas:

«Sacrificios de posesiones injustas son impuros,
ni son aceptados los dones de los inicuos;
el Altísimo no acepta las ofrendas de los impíos
ni por sus muchos sacrificios les perdona el pecado» (34, 18s; cf. Os 6,6);

porque estas ofrendas son producto del robo a los pobres, fruto de iniquidad, equiparable al homicidio:

«Es sacrificar un hijo delante de su padre
quitar a los pobres para ofrecer sacrificio.
El pan de la limosna es vida del pobre,
el que lo rehusa es homicida;
mata a su prójimo quien le quita el sustento,
quien no paga el justo salario derrama sangre» (34,20-22).

El clamor del pobre en este mundo injusto es como la voz en el desierto; pero Dios la escucha: «El Señor escucha la súplica del pobre y le hace justicia inmediatamente» (21,5). El sabio Jesús Ben Sira exhorta directamente a la práctica de la justicia por motivos humanitarios y profundamente religiosos:

«Libra al oprimido del opresor,
y no te repugne hacer justicia.
Sé padre para los huérfanos
y marido para las viudas:
y Dios te llamará hijo,
y su favor te libraré de la desgracia» (4,9s).
«Hasta la muerte lucha por la justicia,
y el Señor peleará a tu favor» (4,28).

4.5. *Ámbito religioso*

Jesús Ben Sira es un claro ejemplo del israelita creyente y piadoso. Su fe profunda en Dios se descubre en cada una de las páginas de su libro. Hablar de Dios, para él, es de lo más normal, respetando siempre el misterio. Su discurso sobre Dios en ningún caso es banal, sino serio y profundo. Nada hay en la vida de los hombres ni en la naturaleza que no dependa de la presencia activa del Señor: «Bien y mal, vida y muerte, pobreza y riqueza, todo viene del Señor» (11,14; cf. 33,14s). Según Jesús Ben Sira la respuesta adecuada del hombre al Señor es la de Henoc, que «caminó con el Señor», como Noé, «hombre recto y honrado» (*Gen* 6,9), y fue «ejemplo de religión para todas las edades» (*Eclo* 44,16; cf. *Gen* 5,21-24).

A continuación aducimos, agrupadas en tres apartados, las principales sentencias de Jesús Ben Sira sobre Dios; después expondremos sus enseñanzas sobre el temor de Dios, cifra y resumen de una concepción religiosa.

a. Dios en sí mismo: el bueno, el misericordioso

En un israelita de pura cepa se debe esperar una confesión inequívoca en Dios, uno y único: «El Señor es el único sin tacha, y no hay otro fuera de él» (18,2); «el que vive eternamente» (18,1). El es la única fuente de todo cuanto existe, el único sabio de verdad (cf. 1,8; *Is* 31,2). Ante él el hombre tiene que confesar su incapacidad de comprensión y de explicación:

«Nadie es capaz de contar sus obras,
¿quién rastreará sus grandezas?
¿Quién podrá medir su grandeza y quién contará sus favores?
No es posible aumentar ni disminuir

ni se pueden rastrear sus maravillas;
cuando el hombre termina, está empezando,
y cuando se detiene, queda estupefacto» (18,4-7).

En Job 33,12 leemos que «Dios es más grande que el hombre»; Ben Sira pondera aún más este reconocimiento: «El es más grande que todas sus obras» (43,29b). «¿Quién lo ha visto que pueda describirlo?, ¿quién lo alabará como él es?» (43,31; cf. 43,27-32; 11,4). Esta confesión de grandeza no se opone al reconocimiento de su misericordia, «pues como es su grandeza así es su misericordia» (2,18b; cf. 3,20; 17,29a).

Dios conoce la fragilidad del hombre; su compasión y misericordia con él no tienen límites (cf. 18,11-14). El ama todo lo que ha hecho (cf. Sab 11,24) y con todo se muestra como es, bueno y misericordioso: «Todas las criaturas conocen su compasión» (16,16), especialmente los que más lo necesitan, los pobres y desvalidos:

«Porque es un Dios justo
que no puede ser parcial;
no es parcial contra el pobre,
escucha las súplicas del oprimido,
no desoye los gritos del huérfano
o de la viuda cuando repite su queja;
mientras le corren las lágrimas por las mejillas,
y el gemido se añade a las lágrimas,
sus penas consiguen su favor
y su grito alcanza las nubes;
los gritos del pobre atraviesan las nubes
y hasta alcanzar a Dios no descansan;
no cesa hasta que Dios le atiende,
y el juez justo le hace justicia» (35,12-18).

El hombre, sin embargo, no debe abusar de la bondad del Señor. Como dice san Pablo: «De Dios nadie se burla» (Gal 6,7; cf. Job 13,9). En este contexto tiene pleno sentido la sentencia: «El Señor es temible en extremo» (43,29a; cf. 1,8a). Jesús Ben Sira tiene presente al que actúa irresponsablemente y se ríe de Dios por ser paciente y misericordioso:

«No digas: "¿quién me podrá?",
porque el Señor te exigirá cuentas;
no digas: "he pecado y nada malo me ha sucedido",
porque él es un Dios paciente;
no digas: "el Señor es compasivo y borrará todas mis culpas".
No te fíes de su perdón para añadir culpas a culpas,
pensando: es grande su compasión
y perdonará mis muchas culpas;
porque tiene compasión y cólera,
y su ira recae sobre los malvados» (5,3-6).

b. Dios creador

Para Jesús Ben Sira, como para cualquier creyente israelita, el universo o mundo creado es objeto de contemplación gozosa y motivo para alabar al Señor, fácilmente reconocible en su obra (cf. Sab 13,1-9); «Y ahora bendecid al Señor Dios de Israel que ha hecho maravillas en la tierra» (50,22a).

Son muchos los pasajes del Eclesiástico que atestiguan sin vacilación la fe en Dios, creador de todo cuanto existe: «El que vive eternamente creó el universo» (18,1; cf. 24,8; 51,12f y el grandioso himno 42,15-43,33). Es la misma fe expresada ya en Gen 1 y en la vida litúrgica de todo el pueblo en los Salmos (cf. Sal 33,6-9; 104; 124,8; 146,6; 148). La sabiduría, primicias de la creación y presente en

ella, es como el puente por el que el hombre vadea el abismo insondable entre las cosas y Dios (cf. I,1.4.9s; 24,9a).

«Por la palabra de Dios son creadas (todas las cosas) y de su voluntad reciben su tarea» (42,15b). Efectivamente, según Jesús Ben Sira cada criatura tiene asignada una función diferente, a la que fielmente se somete:

«Cuando al principio creó Dios sus obras
y las hizo existir, les asignó sus funciones;
determinó para siempre su actividad
y sus dominios por todas las edades,
no desfallecen ni se cansan ni faltan a su obligación.
Ninguna estorba a su compañera,
nunca desobedecen las órdenes de Dios» (16,26-28; cf. 39,16-34; 42,23-25).

Si Dios ha dado el ser singular y concreto a todas las criaturas y por él «todas viven y duran eternamente» (42,23), se puede decir, sin peligro de ser tildado de pan-teísta: «El lo es todo» (43,27).

La visión que del mundo tiene Jesús Ben Sira es optimista:

«Hace tiempo que estoy convencido,
he reflexionado y lo he puesto por escrito:
"Las obras de Dios son todas buenas,
y cumplen su función a su tiempo".
No digas: "ésta es mala, ¿para qué sirve?",
porque cada una es útil a su tiempo» (39,32-34; cf. 39,16).

Por esto el autor puede dirigirse al Señor en forma himnica: «¡Qué amables son todas tus obras!» (42,22).

Ben Sira ha estudiado y meditado, como buen escriba, la ley del Altísimo (cf. 39,1); prueba de ello es lo que escribe sobre la creación del hombre:

«El Señor formó al hombre de tierra
y le hizo volver de nuevo a ella; le concedió un
plazo de días contados y le dio dominio sobre la
tierra; lo revistió de un poder como el suyo y lo hizo
a su propia imagen; impuso su temor a todo
viviente, para que dominara a bestias y aves. Les
formó boca y lengua y ojos y oídos y mente para
entender; los colmó de inteligencia y sabiduría y
les enseñó el bien y el mal» (17,1-7; cf. 50,22).

El hombre es criatura y hechura de Dios; pero se distingue de los demás seres creados por el destino que Dios le ha dado: «Un puesto en su presencia» (33,13), y por-, que lo ha hecho libre, dueño de su voluntad: «El Señor creó al hombre al principio y lo entregó en poder de su albedrío» (15,14). Por esto el hombre es imagen de Dios y su lugarteniente visible y tangible, aunque Dios sea infinitamente «más grande que todas sus obras», incluido el hombre (cf. 43,28).

c. Ojos, Señor providente

El poder sin límites del Señor es un poder benéfico, al que no escapa nada de cuanto sucede: «Es inmensa la sabiduría del Señor, es grande su poder y lo ve todo; los ojos de Dios ven las acciones, él conoce todas las obras del hombre» (15,18s). Ante Dios todo está patente: pasado, presente y futuro; lo más profundo de la tierra y el abismo de los abismos, el corazón humano:

«[Dios] sondea el abismo y el corazón,
penetra todas sus tramas,
declara el pasado y el futuro
y revela los misterios escondidos.
No se le oculta ningún pensamiento
ni se le escapa palabra alguna» (42,18-20).

La mirada del Señor se compara a la luz penetrante del sol, que disipa toda tiniebla: «Los ojos del Altísimo son mil veces más brillantes que el sol y contemplan todos los caminos de los hombres, y penetran hasta lo más escondido» (23,19; cf. 17,19s). Poner en duda el conocimiento total de Dios es propio de insensatos (cf. 16,17-23).

El gobierno del Señor -su providencia- se asienta firmemente en su poder, su conocimiento y su bondad:

«(El Señor) dirige el universo con la palma de la mano;
y todos cumplen su voluntad;
es rey universal y poderoso
que separa lo santo de lo profano» (18,3; cf. 10,4s).

Por esto el hombre debe aceptar confiadamente los caminos del Señor (cf. 7,17) y no fiarse de los triunfos históricos de los malvados:

«No admires las acciones del perverso,
espera en el Señor y aguarda su luz;
-porque está al alcance del Señor
enriquecer en un instante al pobre.
La bendición del Señor es la suerte del justo,
y a su tiempo florece su esperanza» (11,21s; cf. 10,14-17; 11,11-13).

d. El temor del Señor

Esta expresión, tan repetida en Eclo, compendia el ideal religioso de Jesús Ben Sira. Por ella se quiere indicar el respeto y la reverencia al Señor, no el miedo ni el terror ante lo desconocido y tremendo. Por su directa relación con la sabiduría, se detecta el valor que para Jesús Ben Sira tiene el temor del Señor; de él se dice que es principio de la sabiduría (1,14), raíz de la sabiduría (1,20), plenitud, corona, perfección de la sabiduría (1,16.18; 21,1 lb) y, por último, síntesis de la sabiduría (19,20a).

Los que temen al Señor son los justos; los que esperan, los que confían en él, los que le aman:

«Los que teméis al Señor, esperad en su misericordia,
los que teméis al Señor, confiad en él...
los que teméis al Señor, esperad bienes,
gozo perpetuo y salvación».
«Los que temen al Señor buscan su favor,
los que lo aman cumplen la ley;
los que temen al Señor disponen el corazón
y se humillan delante de él» (2,7-9.16s).

El sentido positivo del temor del Señor es permanente:

«El temor del Señor es gloria y honor,
es gozo y corona de júbilo;
el temor de Dios deleita el corazón,
trae gozo y alegría y vida larga.
El que teme al Señor tendrá buen desenlace,
el día de su muerte lo bendecirán» (1,11-13; cf. 1,27s).

El honor, el amor, el respeto son prácticamente intercambiables con el temor del Señor (cf. 7,19-31; 9,16; 10,19-24). Si la vida es amable y deseable: «Temer al Señor es vida» (50,28d). Así mismo, «los que temen al Señor vivirán, porque esperan en su salvador» (34,13; cf. 34,14s; 33,1).

Puestos a comparar, el temor de Dios es mejor que las riquezas y el poder (cf. 40,26). Aunque realmente en la escala de valores de Jesús Ben Sira nada se puede comparar al temor del Señor:

«Grande es el que alcanza la sabiduría,
y nadie como el que teme al Señor;
el temor del Señor lo supera todo,
el que lo posee es incomparable» (25,1 Os; cf. 10,24b; 23,27).

Por esto «el temor de Dios es paraíso de bendiciones, y baldaquino lleno de gloria» (40,27).

El temor del Señor está en perfecta relación con la ley de Dios, expresión de su voluntad, pues, en palabras de Jesús Ben Sira: «Nada hay más importante que temer al Señor ni más dulce que guardar sus mandamientos» (23,27; cf. 15,1; 37,12; 19,20b.24). Consiguientemente, el que teme al Señor rechaza el pecado, la desobediencia, etc. (cf. 1,21; 2,15; 15,13) y, si ha pecado, «se arrepiente de corazón» (21,6b), haciendo que todo vuelva al equilibrio de la voluntad del Señor.

Llama poderosamente la atención que un libro como el de Jesús Ben Sira no fuera incluido por los rabinos de Palestina en el Canon de libros sagrados (cf. pág. 125). Sin embargo, en Alejandría fue bien aceptado por la comunidad judía, como prueba rápidamente que se tradujo al griego por su mismo nieto. La comunidad cristiana desde los inicios aceptó como suyo el canon o lista de libros sagrados vigente en Alejandría. De hecho el libro de Jesús Ben Sira fue tan utilizado en la Iglesia que, por eso, se le llamó *Eclesiástico*.

Desde los primeros siglos hasta el XVI se discute entre los cristianos sobre si Eclo es o no libro sagrado. La mayoría de las Iglesias lo aceptan como tal y así queda sancionado definitivamente por el Concilio de Trento para los católicos en su Sesión IV el día 8 de abril de 1546 (ver todo lo que diremos del libro de la Sabiduría, que corre una suerte paralela).